

ARYAM SHIELDS



RELATO  
LA PRINCESA  
DE LA  
OSCURIDAD



LA PRINCESA  
DE LA  
OSCURIDAD





©Aryam Shields  
La princesa de la oscuridad  
Registro de la obra  
Oficina de registro de autor. Ministerio de Justicia,  
Colombia.  
Editado por: Cecilia Pérez  
Diseño de portada: Isa Quintín.  
Maquetación: Jessyca Vilca Aparicio  
Primera Edición: Octubre 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*El camino al infierno está pavimentado con  
adverbios*

Stephen King

Dedicado a :

Arlene por atravesar el mar conmigo, Gracias.

Y Jessy porque cada día me muestra que hay amistades que realmente valen la pena, te quiero mucho mana.

# Capítulo 1

Treinta y uno de octubre, la fecha en la que la puerta del inframundo se abría para nuestro festín. Estaba harto de tener que esperar hasta ese único y maldito día para salir y, ser el demonio que en realidad soy, cansado de este maldito encierro.

Yo soy el hijo del dueño de la oscuridad, podía hacer lo que se me diera la gana, pero no, castigando al hijo de Lucifer enseñarían la lección más preciada para todos los demonios...

« Nunca retes al diablo »

Como si me importara una mierda lo que pensara mi padre, de solo imaginar el festín que me daría esta noche se me hacía agua la boca, los colmillos se me expandían, la excitación en mi cuerpo llegaba a niveles insospechados.

La maldita medianoche se me estaba haciendo eterna, los minutos parecían convertirse en horas, quería salir ya y mandar todo al diablo —literalmente—; mandar a mi padre a meter la cabeza en su trasero.

—Azael... —La voz ronroneante de Ariel me causó repulsión. Ella tenía una sangre muy asquerosa y, ni siquiera era buena para follar, un puto iceberg daba más calor que ella, bufé frustrado cuando sentí sus tacones repiquetear contra el parqué—. Azzy...

—Es Azael —murmuré contrito—. ¿Qué quieres? —indagué contrariado. La odiaba. Odiaba su melosería insípida y su absurdo enamoramiento, como si yo fuese a tomarla en serio en algún momento, como si estuviese a la altura para que yo la aceptase.

—¿Por qué tan enojado? Azzy, es de cariño —dijo con una sonrisa—. Quería saber si vas a subir esta noche. —Se acercó colocando sus asquerosas uñas en mi remera negra—. Quiero ir...

—No puedes —sentenció tajante.

—Pero tú...

—No, Ariel, ni aunque quisiera llevarte —me burlé de ella.

Esta noche quería sangre pura, la necesitaba, había pasado mucho tiempo y me urgía un coño tierno, sangre sin manchas, estaba harto de comer inmundicias. Las hechiceras eran buenas, pero no tanto como para clavar mis dientes en ellas, su sangre era oscura igual que un pozo de petróleo. Servían para descargar, aunque nunca quedara cien por cien satisfecho, así que yo había esperado este maldito treinta y uno de octubre como un jodido adicto...

Sangre, virtud y mucho, mucho sexo.

A pesar de tener más de cuatrocientos años, aún era joven, malditamente apuesto e irresistible, sobre todo para las humanas, todo en mí las atraía: mi olor, mi voz, mi jodido porte, y es que las pobres cosillas insignificantes eran tan fáciles de caer. Una mirada coqueta, una sonrisa torcida y la señorita más remilgada, se convertía en una puta sedienta de que mi miembro la

hiciera gritar sin parar.

¿Quién soy?

Esa era la pregunta del millón cuando sus huesos se reducían a polvo entre mis dedos, cuando mis colmillos se enterraban en la tibia carne de su cuello, cuando mis ojos se volvían un par de zafiros rojo sangre, fríos como un glacial, tomando de ellas mi pago por el polvo de sus vidas.

Nada en este mundo es gratis, si quieres algo tienes que pagar por ello.

—Por fin se acabó tu castigo —gritó Iblís, entrando a mi habitación, haciendo que Ariel se alejara rápidamente. Ella e Iblís no eran muy cordiales, mi primo nunca se entregaría al placer con una hechicera como ella, ni de ninguna, la verdad es que no sé qué esperaba para adentrarse en el oscuro y placentero mundo del sexo por diversión.

—Lárgate. —Miré a Ariel bufar—. Me enferma tu presencia.

—Eres un maldito hijo de... —chilló con voz estridente.

—Termina esa frase y los días estarán acabados para ti —espeté entre dientes—. Largo. —Ella dio un portazo fuerte al salir de mi habitación.

¿Qué creían, que en el inframundo vivíamos en cuevas? No somos tan malditamente arcaicos.

Caminé hasta mi pila de cd's, me gustaba coleccionar estas cosas del mundo mortal, tenía una pared llena de discos del mejor Rock and Roll. Diez años de encierro podían ser un millón aquí. Coloqué el cd de *Hellfest* en el volumen más alto, para tratar de engañar al tiempo. Sí, el inframundo era más que neblina, oscuridad y demonios o hechiceros, este era mi lugar. Mi imperio.

—¿Qué vas a hacer esta noche, Az?

—Lo mismo de siempre, Iblís, follar, robar, matar, sentir...

—¿Sentir? —dijo con voz de burla—. ¿Tus ciento veinte concubinas no te hacen sentir?

—Sabes lo frío que es follar con una puta hechicera. —Chasquéé mis dientes—. Cierto, no lo sabes. Me huele que te has equivocado de territorio, no sé, quizás deberías ir arriba del cielo mortal... pendejo —bufé.

—Mi tío Luci me ha dicho que debo ir contigo esta noche y cuidarte, de que no cometas las mismas estupideces que hace diez años.

Genial, ahora tenía niño, si mi padre pensaba que iba a arruinar mi día estaba malditamente equivocado, por muy demonio que fuera, no tenía poder para dominarme.

—No soy un bebé, por más que el mismísimo Diablo quiera creerlo. ¡Soy Azael, el príncipe de las tinieblas, maldita sea! —Caminé hasta el estereo y coloqué otro cd.

—Lo sé, hermano. —Iblís se sentó en mi cama jugando con uno de mis discos, siempre que iba a la tierra conseguía esas idioteces por las cuales los humanos trabajaban como burros, yo solo chasqueaba los dedos y las cosas me eran dadas—. Piensa en mi tío, no quiere que le pase nada a su heredero. Aamon estaría más que encantado en quitarte el trono.



Enfoqué mi mirada escarlata en la azul sin emociones de mi primo y mejor amigo.

—Aamon puede irse al mismísimo purgatorio —sonreí—. Esta noche solo quiero alimentarme y follar unos cuantos coños vírgenes. Créeme, extraño uno sin usar —añadí con una sonrisa torcida—. Quizás, matar a unos cuantos malditos y jugar con las mentes de algunos remilgados. — Me miré en el espejo ajustando mi capa negra y tomando el antifaz. Se acercaba la hora cero.

Iblís suspiró. Él no era como yo, su viaje a la tierra lo invertía para buscar a su madre... bueno, la tumba de su madre. Cuando mi tío Caius había ido con mi padre hacía más de mil quinientos años atrás, se había prendado de una chica rubia de bonitos ojos azules, o al menos así la describía él; de esa "pretensión", como la había llamado el gran Luci, había nacido Iblís.

Un romanticón empedernido, amante a las cosas cursis y peludas... y no hablo de un coño sin depilar. Me refiero a los jodidos perros que el maldito recolectaba para asearlos, darles de comer, y luego con su don envejecerlos hasta morir. Maricón, sí, yo también lo creo. Pero gracias a ser el hijo del Rey de las Tinieblas mi mente estaba protegida contra todos, en especial contra Iblís, que al tener genes humanos era mucho más débil que yo. ¿En qué cabeza cabe que mi padre, el gran Lucifer, se le ocurriera que él iba a cuidarme?

—Chicos. —Mi madre tocó a la puerta y yo le bajé el volumen al estéreo que en esos momentos reproducía mi canción favorita. Ella asomó su cabeza mirándonos a Iblís y a mí—. Supongo que atravesarán la puerta esta noche... —Ambos asentimos—. Solo sean lo más discretos posible.

Entró y acarició mi mejilla con dulzura, a sus mil trescientos años, mi madre era la mujer más hermosa del inframundo, su poder era tal que al unirse con mi padre habían hecho la mejor jodida cosa de su larga existencia... Yo.

—Iblís va a acompañarte, quiero que recuerdes lo que pasó hace diez años, y por favor, no cometas la estupidez que cometió tu tío Caius. —Miró a Iblís con cariño—. Te amamos, pero tu padre no actuó muy inteligente al dejarla viva luego de que te arrancara de su lado.

Iblís asintió y mi madre, la bruja más poderosa del inframundo, acarició su cabeza como si fuese uno de los tantos cachorros que él cuidaba, alimentaba y luego mataba. Si al menos lo hiciera por distracción, pero según él sufrirían mucho si quedaban vivos, así que los recogía de las calles, los llevaba a un lugar donde los sacos de pulgas se daban un festín alimenticio, luego los bañaba, y con su don del tiempo los envejecía y adiós pulgosos.

—Prométeme que te portarás bien. —Mi madre me miró con sus grandes ojos turquesa, tratando de ver en mi mente lo que haría esta noche... Jodida ella, ya que tampoco podía leerla.

—Yo velaré porque no se meta en problemas, tía. —Mi primo sonrió—. Salir del inframundo sin Az, no es lo mismo.

Y es que la multa por hacer una estupidez, como la que había hecho una década atrás, era restringir los permisos de salidas por diez años mortales, y al ser yo el hijo del jefe, me habían

puesto como ejemplo. No, yo no podía permitir que otro imbécil como el tal Charles Lewis me tomase una foto. No cuando mis colmillos estaban clavados en el cuello de una mujer.

—Tu padre quiere verte antes de que cruces la puerta, Azael.

—¿Va a darme otro sermón de cómo comportarme en la tierra? —bufé, arreglando mi cabello —. Lamento desilusionar al gran Lucifer, pero me importa una mierda lo que tenga que decirme, el discursito ya me lo sé, se ha encargado de repetírmelo durante diez malditos años mortales.

—Es tu padre.

—No soy un niño.

—Solo ve y reúnete con él —sentenció ella fuerte, revolví mi cabello antes de ver a mi madre salir.

Este año me encargaría personalmente del imbécil maldito hijo de puta que arruinó mi maldita existencia, este año Charles Lewis iba conocer lo que era meterse con el ser más poderoso del inframundo.

## Capítulo 2

*31 de Octubre de 1874*

El mundo estaba tal cual como lo recordaba: niños disfrazados, jóvenes drogados o ebrios hasta la saciedad, mujeres buscando un polvo, varias putitas vírgenes...

Iblís se había ido a jugar con sus sacos de pulgas, eran las nueve y media de la noche, estaba sentado en una rama de árbol viendo cómo el párroco de una iglesia follaba con una jovencita de diecisiete años dentro del confesionario... Oh sí, uno de mis más grandes placeres, elevar un poquito la lujuria del párroco, mientras la mujer le contaba una fantasía sexual pidiéndole que le mandara no sé cuántos avemarías por impura. Si ella supiera que eso en el inframundo es una insignificancia... Había sido divertido excitar al "*siervo del señor*", así que estaba viendo una de las tantas películas porno dirigidas por mí, meramente satisfecho de sangre, ya que había matado a seis personas de la calle y a una maldita puta que se atravesó en mi camino. Era gente que nadie iba a extrañar y por lo tanto no iban a buscarlos, me había encargado de no dejar rastro. No me joderían mis salidas anuales del inframundo, estas iban a seguir como estaban, porque mataría a todo el que quisiera ser más listo que yo. Después de hacer unas cuantas travesuras, como que hubiera ciertos robos y algunas más tentaciones, estaba aburrido. Tenía sed, sed de pobres e indefensas mujeres vírgenes, me coloqué bien el antifaz, levanté el cuello de mi capa y ajusté mis guantes negros. Encontré a tres chicas en una esquina, mis colmillos picaron alargándose un poco al ver que las señoritas eran castas de cuerpo, porque su mente era un sinfín de perversidades, la cuales yo estaría dispuesto a satisfacer, tenía dos manos, así que podría con las tres.

A eso me dirigía cuando lo vi.

Cabello castaño y gafas ridículamente espantosas, corría asustado... reconocería ese saco de carne a miles de kilómetros de distancia, alguien me amaba mucho, porque no había pensado aún en buscar al hijo de puta de Charles Lewis. Lo seguí con la mirada viéndolo correr como alma en pena, internándose en la negrura del bosque haciendo mi tarea de hacerlo desaparecer mucho más fácil y aún más satisfactoria mi venganza. Lo haría tan lentamente que el maldito recordaría mi jodida cara hasta después de muerto.

Perro, bastardo... Mi padre me amaba, lo sabía, y yo era el hijo del mismo Lucifer.

Olvidé los coñitos calientes y dulces por el momento, mi mente se enfocó en el maldito perro que me había confinado diez años a no disfrutar de mis salidas anuales a este mundo. Había cambiado mucho, ya no era aquel jovencito desgarbado de lentes ridículamente grandes, ahora estaba más maduro y corría como si el demonio lo persiguiera.

En efecto lo hacía...

—Dios misericordioso, por favor, ayúdame —dijo recostándose contra un árbol.

Sonreí, el maldito no se atrevería a meterse en mis planes. Toqué mis colmillos con la lengua, mientras veía al bastardo encogerse todo lo que podía, escuchaba pisadas muy cerca, debía acabar con él antes de que alguien me viese.

Salí de mi oscuridad dejándome ver, mostrándole mis colmillos, intimidándolo un poco, al verme su cara palideció.

—¿Me recuerdas? —le pregunté con una sonrisa torcida.

—Por favor, hazme lo que quieras a mí, pero no la lastimes —gimió desesperado—, por favor, no la lastimes.

«*Hay que buscarlo, el bastardo sabe demasiado.*», leí la mente de uno de los hombres que estaba cerca. «*El jefe ordenó acabar con él y su bastarda.*»

—Por favor... —Charles me hizo mirarlo—. Eres tú, el de la foto de diez años atrás, te recuerdo. —Su voz vaciló un poco, podía sentir su miedo, aunque a la vez también el valor. En su mente solo había una preocupación, y no era conservar su vida—. Sé que vas a matarme, pero te lo suplico, no le hagas nada a ella, por favor, ella no tiene la culpa de nada. —Miré entre sus brazos el pequeño bulto de mantas y cobijas—. Por favor, yo...

—Calla —mi voz salió fría y dura—, deja las cobijas en el suelo.

—Por favor, yo... —Levanté mi bastón, empujando la garra en su pecho.

—He dicho que te calles. Obedéceme —musité con voz firme, si algo odiaba en las personas era su jodida idea de sublevación.

Charles se agachó, dejando el bulto de cobijas detrás de él, susurró algo y luego se giró hacia mí.

—Mi vida no importa, si hay algo de compasión en ti, tenla por mi *Alyssa* —suplicó.

Estaba harto de su palabrería, de sus ruegos que no lo llevarían a ningún lado, quería deleitarme con esto, pero mi tiempo se acababa y aún habían coños vírgenes que devorar para quedar satisfecho hasta el próximo treinta y uno de octubre. Hundí mi bastón en su pecho haciendo que la garra atravesara su corazón, disfruté el *crash* que esta hacía al atravesarlo, el momento en el que su alma salió por su boca. Retorcí el bastón dentro de su cuerpo antes de sacar la garra y, quedarme observando los últimos latidos del asqueroso músculo incrustado en el metal.

—Para el próximo maldito... —reí—, yo no tengo compasión...

Iba a irme solo, lo que había dentro de las cobijas no era mi problema, me iba a girar para ver si encontraba a las tres putitas vírgenes, entonces lo escuché.

Un sollozo, algo mínimo, un sonido ahogado. Cómo reaccioné, no lo sé. Las pisadas se escuchaban cada vez más cerca, tomé el bulto de cobijas rosas y desaparecí del lugar.

Quizás el hijo de Lucifer sí tenía algo de compasión.



## Capítulo 3

Con el bulto llorón entre mis brazos, me introduje en la profundidad del parque, podía seguir escuchando las pisadas frenéticas de los tipos que perseguían al maldito de Charles Lewis. La sorpresa que se llevarían cuando lo encontraran tirado en el bosque con un agujero en su pecho iba a ser jodidamente espectacular, era una completa lástima que no pudiese ver sus rostros en ese maldito instante.

El llanto era ensordecedor y por un momento me provocó soltar el maldito bulto al río, al final qué me importaba si esa cosa regordeta y llorona vivía. Introduciéndome en el bosque llegué hasta donde había un grupo de adolescentes frente a lo que parecía una pequeña secta, sonreí al ver que mi padre aún tenía seguidores, en medio de los chicos había una piedra alta... un altar, y faltaba poco para la medianoche.

Hubiese podido simplemente entregar al bodoque y dejar que ellos le rindieran honor a mi padre, era una buena idea, así yo podía comer algún coño fresco y probar un poco de dulce sangre antes que me tocase volver a mi mundo, pero no podía, esta cosa era mía, pensé que quizá la muerte era suficiente para Lewis pero él no había ni suplicado por su vida haciéndome perder la diversión, aunque sí había suplicado por la del bodoque.

Aparecí frente a los chicos enseñándoles mis colmillos, mientras uno movía la ouija invocando a mi padre. Sus rostros de terror absoluto satisficieron mis ganas de ver a los cazadores de Lewis, casi todos huyeron, pero había una chica recostada en el improvisado altar, aunque ella tenía un olor descompuesto, no era pura... A papá no le hubiese gustado mucho la bromita.

—Largo... —ordené roncamente, y eso solo bastó para que ella corriese igual que si la persiguiese un demonio... en efecto, yo lo era.

Coloqué a la criatura humana sobre la piedra y desdoblé las cobijas mirando a la chiquilla.

Era calva como la mayoría de los bebés humanos, unas cuantas pelusas pero a eso no podía llamársele pelo, sus ojos eran enormes, abarcaban casi la mitad de su cara. Era condenadamente horrible, sus ojos se abrieron aún más y su llanto cesó... por unos minutos antes de volverse aún más fuerte, si hubiese podido tener migraña ya tuviese una. ¿Eran tan enervantes los bebés?, traté de recordar alguno en el inframundo, eran malos, muy malos, tan malos que volvían locas a sus madres, pero era divertido verlos hacer maldades... Sin embargo, no era divertido ver este bodoque rosado, regordete y llorón.

Traté de entrar en su mente pero solo tenía estrellitas y varios trazos de colores. Era una

mierda, por un segundo pensé en congeniarme con mi padre y ofrecerla en sacrificio, entonces la cosa insulsa tomó mi dedo y sus ojos oscuros me miraron fijamente.

«*Iblis...*», llamé a mi primo telepáticamente, «*Iblis, ¡Iblis! Deja tu jodida labor humanitaria y ven a mí.*»

«*Espera...*»

«*¡Ya!*», le espeté enojado mientras pinchaba el puente de mi nariz, el bodoque con patas volvió a llorar—. «*¡Por un demonio, cállate!*», grité mentalmente, haciendo que el bulto rosa dejara de llorar abruptamente. Cerré los ojos sacando de mi capa los anillos con garras que mi padre me había dado para mi cumpleaños, que eran parecidos a las garras de los cuervos, tomé mi bastón favorito y lo presioné en el estómago del bulto trazando una línea desde su pecho hasta su ombligo. La idea de ofrecerla en sacrificio era cada vez más atrayente.

—¿Cuál es tu jodido afán? Solo me faltaban seis perros, demonio.

—Cuando yo te llamo es porque te necesito. Soy tu soberano, soy más importante que un par de estúpidos perros —ladré enojado.

—Somos familia.

—Seré el Rey de las Tinieblas —sentencié—, no me obligues a...

—Aun así eres mi primo —me interrumpió alzando la voz, Iblís estaba molesto—, y no tienes derecho a meterte en mi labor humanitaria, por si no lo recuerdas soy mitad humano.

—Cuida tu tono —le dije entre dientes—, seré tu maldito rey en poco tiempo. —Él bufó.

Y el bodoque empezó a llorar de nuevo.

—¡Solo cállala, quieres!, es inmune a todos mis poderes, al parecer solo reacciona con mis gritos y está empezando a molestarme.

—¿Qué demonios hiciste?

—Maté al imbécil que me tomó la foto hace años.

—Has bebido sangre, apestas.

—Es mi placer, pero no te he llamado para que me digas qué debo o no hacer, recuerda tu maldito lugar en la jerarquía, Iblís, o me olvidaré de que eres el estúpido desliz del tío Caius. Te he llamado para que con tu poder la envejezcas hasta que muera, eso o la ofreceré en sacrificio a mi padre —repliqué despota, retrocediendo unos pasos.

Iblís se acercó a la piedra y miró a la masa humana, suspiró con fuerza, extendiendo sus manos hacia el cuerpo.

—¿Y? —pregunté al ver que no hacía nada.

—Es inmune a mis poderes.

—Entonces la mataré con la garra, el sacrificio es lo mejor.

—Azael, es solo un bebé —indicó Iblís, como si me importara que fuese un maldito recién nacido o un anciano. Iblís se acercó y coloqué la garra en su cuello, paralizándolo, sus

sentimentalismos me asqueaban, aún tenía la sangre del maldito de Charles. Lo vi tragar grueso, mientras la garra bajaba hasta su pecho.

—No intervengas —le advertí a mi primo, empujándolo un poco, pero lo suficientemente fuerte para que se alejara de mí.

Lo vi caer al suelo mirándome con horror. Enfoqué mi vista en la masa humana llevando la punta de mi garra al mismo lugar en su anatomía, donde había presionado a su padre. Sus ojos de nuevo se encontraron con los míos cuando hice presión en su pecho, y entonces, pasó algo que no creí que ocurriría nunca, su mano regordeta agarró el bastón y sus orbes oscuros observaron mis ojos rojos, manteniéndome la mirada fija y desafiante.

Iblís dejó de respirar, y ya no era por uno de mis poderes.

—Ella te está retando —articuló, mirándome sin aliento, entonces el bodoque con patas sonrió, haciéndome retirar la garra de su cuerpo.

—¡Largo! —siseé cabreado a Iblís—. Ve a joder a tus perros.

—Queda poco menos de una hora para regresar, no dejaré que cometas una estupidez.

—¡Largo, ahora! —Mi garra se movió con rapidez, dejándola nuevamente en el cuello de mi primo—. ¡Vete! O esta vez no seré tan benevolente.

Iblís movió su capa y desapareció.

—¿Quién demonios te crees que eres? —mascullé, mirando el bulto de cobijas.

Intenté volver a entrar en su mente, pero ahora solo había oscuridad, la tomé entre mis brazos y desaparecí...

Llegué a un lugar apartado de la gran urbe, casi a las afueras de la ciudad vivía una servidora de mi padre, toqué a su puerta dos veces antes de que ella abriese.

Joan Kyteler había recibido varios favores especiales de mi padre, ahora era momento de pagar.

—Mi señor. —Se postró a mis pies al ver mi apariencia y mis ojos rojos, desenvolví con mi capa el bulto que traía conmigo.

Ella abrió los ojos con estupefacción, imagino que no era sencillo ver al hijo de Lucifer con un bulto rosa en brazos.

Entré a su casa adornada con calaveras y brujas, hasta llegar a la mesa donde había un tazón con dulces. Saqué mi bastón y tallé la estrella de David en el medio de la mesa de madera, Joan estaba aún arrodillada en el suelo sin hacer nada, solo me observaba mientras los objetos se movían hasta llegar a mí. Las velas ocuparon su lugar, las luces se apagaron mientras colocaba al bodoque en medio y con mi anillo trazaba una línea en su mano regordeta.

—Has retado al hijo de Lucifer, tendrás que atenerte a las consecuencias. —Y sin perder más tiempo, clavé mis colmillos en su dulce carne.

Beber su sangre me mantuvo en un frenesí desquiciante, tomé lo justo de ella para poder



dejarla viva... Mi placer sería ella, hasta que llegara el momento de destruir su patética existencia.

Desclavé mis dientes del bodoque y miré a Jane que aún estaba arrodillada tras de mí.

—Cúidala, aliméntala, y bajo ninguna circunstancia la dejes morir, ese... —sonreí—, ese será mi más grande placer.

Metí la mano en el bolsillo de mi capa y saqué una gran cantidad de efectivo.

—Debes alejarte del camino de las tinieblas, mantenla lo más pura e inocente que puedas para cada vez que yo regrese. —Lamí la gota de sangre que se había deslizado por mis labios—. Mi padre sabrá recompensarte por cuidar mi nuevo juguete. —Miré al bodoque que había estado quieto desde que la había probado—. Si muere, el último pabellón del infierno será tu castigo.

Ella asintió mientras se levantaba del suelo, me envolví con mi capa y desaparecí del lugar, me quedaba poco tiempo.

A primera hora del día de los muertos la puerta del inframundo se abrió, trayendo de vuelta a todos los seres que salíamos a divertirnos...

En trescientos sesenta y cinco días, yo volvería y seguiría con el juego que acababa de comenzar.

La peor decisión de Charles Lweis había sido dejarme a su hija, la peor decisión del bulto rosa había sido desafiarme.

Nadie se mete con el príncipe de las tinieblas...

## Capítulo 4

Mi vida era un misterio, no tenía nombres, no tenía padres, no tenía familia. Solo Joan...

Nunca había asistido a una escuela, a cambio de eso recibía clases personalizadas por Antuan, un hombre de unos cuarenta años, gordo y calvo queapestaba a queso rancio.

Pasaba los días y las noches encerrada en esta maldita casa. Un lugar lúgubre con espesas cortinas negras, sin flores en el jardín ni adornos en épocas navideñas.

Cada vez que le preguntaba a Joan quién era ella en lo patético que yo llamaba vida, me decía lo mismo:

—Soy tu tutora.

Sabía perfectamente que Joan no era una buena persona... Bueno, conmigo no era mala, pero tenía extrañas reacciones, sobre todo cuando se acercaba la noche de las brujas.

Días antes ella estaba nerviosa, me hacía comer vegetales, tomar tantas vitaminas además de tomar jugos realmente espantosos, según ella para tener más color en mi piel pálida esos días. Comía carne a término medio... medio cruda, y me hacía bañar en esencia de rosas.

De niña siempre me aterró el día de las brujas, tan pronto pisaban las cero horas del treinta y uno de octubre sentía que algo se apoderaba de mí, y por más extraño que pareciese, la mañana después se podía ver claramente dos incisiones, las cuales se borraban segundos después de que yo abriese los ojos completamente. El día de todos los muertos yo era como un ente sin vida, pasaba casi todo el día en cama en un duermevela intranquila, en donde soñaba con un tipo alto de cabellos oscuros y ojos profundamente rojos.

—¡Un vampiro! —había dicho Megan cuando le conté—. Un Daemon Salvatore.

—¿Un quién? —le había contestado al escuchar el nombre, que se sentía algo pasado de moda.

—¿Damon? ¿Stephan?, más conocido en el bajo mundo como el vampiro sexy de *The Vampire Diaries*.

—¿De qué rayos hablas? —pregunté confundida.

—Cierto, se me olvidaba que *Hitler* no te deja ver televisión ni mucho menos ir al cine —se burló—. Enciende el celular que te regalé para tu cumpleaños, te voy a enviar una foto por pin para que veas esas dos bellezas. Byeeeee —replicó, alargando la e.

A los pocos minutos me llegó una imagen del dichoso vampiro... Sin duda era hermoso, pero no tan hermoso como el hombre que irrumpía en mis sueños cada treinta y uno de octubre.

Apagué el aparato y me dejé caer en la cama mirando al techo, el hombre araña vivía en las esquinas de esta casa, estaba quedándose dormida cuando algo hundió mi cama. Salté del susto observando a Luci, el gato negro de Megan. Ese gato aparecía y desaparecía como por arte de

magia, mi amiga decía que tenía muchas novias regadas en el barrio, así que solo iba a su casa cuando tenía hambre, o a la mía cuando Meg quería algo... como ahora, el gato llegó con un pedazo de papel sujeto a su collar.

*“Enciende el celular mujer debo contarte algo.”*

Megan Brandon había llegado a mí sin yo proponérmelo, el ático era el único lugar donde podía sentirme segura mientras estaba en casa, todo era demasiado oscuro debajo, en cambio el ático era mi luz, pero sobre todo era un lugar en donde Joan no ponía un pie. Megan se había mudado a la casa vecina hacía diez años, un día se asomó desde su habitación y me vio en la ventana, hemos sido amigas desde entonces.

Enseñó a su primer gato, Marcus, a traer mensajes, pero era bastante pesado. Misteriosamente un treinta y uno de octubre Marcus apareció muerto.

Así que, sin poder comunicarnos, inventamos lo que solo un par de niñas podía hacer... un par de vasos desechables y un hilo. Eso fue hasta que el papá de Meg le compró uno de esos celulares bonitos y costosos, que yo nunca iba a poder tener porque Joan desaprobaba la tecnología diciendo que eso no era bueno para mí. Sabía que nosotros no teníamos problemas económicos, sin embargo la respuesta de Joan había sido un no rotundo cuando se lo pedí.

Megan, astuta como era, le había mentido a su padre diciendo que su bonito celular se había dañado y me lo había enviado en una de las extrañas pero oportunas apariciones de Luci hacía cuatro años atrás. Yo no tenía dinero aunque me las arreglaba para enviarle algo a Meg para cancelar el plan de minutos. Ahora teníamos un cordón casi invisible, pero que usábamos para enviarnos cosas cuando Luci no podía servirnos de gato mensajero.

Encendí el celular colocándole volumen, a sabiendas de que era víspera del día de las brujas y Joan salía a hacer diligencias importantísimas.

El teléfono no demoró mucho en sonar.

—¿Cómo estás? Vi a Hitler salir —dijo en cuanto contesté.

—¿Cómo crees que estoy, Megan? Asustada hasta el tuétano, ¿vas a estar conmigo?

—Este... —dudó.

—¿Este? Megan, eres mi única amiga, lo prometiste.

—Andrew Dason me invitó a la fiesta de máscaras de la escuela, solo serán dos horas, Aly.

—Meg, de verdad te necesito.

—Llevo tres años esperando que ese espécimen masculino me mire. —Mi amiga hizo sonidos lastimeros—. Te juro que a las ocho de la noche estaré contigo.

Acaricié distraídamente las dos incisiones de mi brazo, no podían verse, pero yo sabía a la perfección dónde estaban, siempre empezaban a picar cuando esta fecha se acercaba.

—Vamos, nena, por favor... —rogó mi amiga, y aunque estaba muerta de miedo, no podía negarle que estuviese con ese chico que a ella tanto le gustaba.

—¿Me prometes que estarás conmigo para el cierre de la noche de Halloween?

—Te lo juro, como que me llamo Megan Brandon —afirmó, pagada de sí misma—. ¿Sigues teniendo ese sueño?

—Sí —respondí secamente. Estas últimas semanas ese sueño se repetía constantemente. Era el chico de ojos rojos y cabello oscuro, era tan hermoso que dolía, su mano empezaba acariciando mi vientre hasta llegar a la división de mis pechos, interrumpiendo allí sus movimientos durante un momento y luego avanzando hasta que sus dedos tocaban mi cuello, deteniéndose en un punto fijo en donde sabía que estaban las incisiones.

*«Pronto... dieciocho años, seis mil quinientos setenta y ocho malditos días y por fin ha llegado el momento, se acabará todo... Sabremos si la leyenda será cierta y tú serás mi juguete favorito por el resto de mi eternidad.»*

Su voz sonaba dos octavas más baja, más sexy y profunda que cualquiera que hubiese escuchado antes, si bien no tenía mucha vida social, estaban los sirvientes y Aro.

—Tierra llamando a Alyssalandia —gritó Megan

—Mmm —fue todo lo que respondí.

—¿Ya tienes todo lo que necesitamos?

—Me hace falta el crucifijo —murmuré—, lo demás lo conseguí entre las cosas de Joan y la cocina.

—Ok, repasemos la lista. ¿Cuchillos?

—Sí.

—¿Ajo?

—Sí.

—¿Espejos?

—No sé para qué diablos quieres espejos, pero sí, también conseguí uno.

—Es que vi *Sombras Tenebrosas*, Johnny Depp se cepilla los dientes, y no se ve su reflejo, solo el cepillo, es chistosísimo. —Soltó la carcajada ella sola, no tenía ni idea de quién era ese tal Johnny Depp.

—No creo que *Ojos Rojos* quiera cepillarse los dientes. —Ojos rojos, así llamaba al hombre de mis sueños.

—Lo sé, pero saldremos de dudas sobre si es un vampiro —aseguró Meg—. ¿Cuerdas?

—Sí, conseguí las cuerdas.

—Ya tengo mi traje negro y mi pasamontañas.

—Alice, por favor, debes estar aquí a las ocho —rogué muerta de miedo.

—Ya te lo prometí, amiga, allí estaré. ¿Tienes la estaca?

—Tengo una. ¿Conseguiste el agua bendita?

—La robé de la pila bautismal, ¿será que tiene el mismo efecto? —No sabía si el Dios al que ella le rezaba podría ayudarnos si robábamos su agua.

—Debe tenerlo.

—¡Mierda, Hitler! Apaga el celular y nos vemos mañana, cambio y fuera.

—¡Megan! —chillé—, recuerda que no tengo el crucifijo.

—Sip, yo llevaré el de mamá. Te quiero Ally—colgó.

—Niña... —La voz de Joan me hizo saltar—. ¡Estoy aquí, baja enseguida!

Suspiré y bajé las escaleras. Tan pronto estuve frente a ella, inspeccionó mis párpados y me dio un par de pastillas.

—¿Qué son?

—Tómatelas y no preguntes —ordenó con fastidio—. Mañana saldré de la ciudad, la casa estará sola y más te vale no meter a nadie.

—No conozco a nadie —la contradije, rodando los ojos.

—No soy estúpida, niña, y por el bien de tu amiguita, más te vale que no le dé por conocer esta casa después de diez años.

—Si te refieres a Megan, estará en la fiesta de su escuela.

—Yo no dije ningún nombre.

¡Triplemente mierda!

Joan enarcó una de sus perfectas cejas rubias y murmuró algo bajo su aliento.

—Si saben lo que les conviene, más te vale que estés sola en tu maldito ático mañana. Ahora vamos a comer.

Miré mi plato con aprensión, hacía más de doce días que esto era todo lo que comía, rodajas de remolacha e hígado de vaca a medio cocinar, era simplemente asqueroso, y un gran vaso de jugo de un extraño fruto.

Después de comer, volé a mi cuarto quitando de mi boca el sabor desagradable del hígado medio cocido. Luci movía su cola sobre mi mesa con una succulenta barra de *Snickers*.

Horas más tarde escuché un silbido bajo mi ventana. Miré a Megan vestida completamente de negro, bajé la cuerda y ella subió hasta mi ventana.

Megan había tomado clases para escalar montañas, y era muy buena en muchas cosas.

—Vi a Hitler salir, ¿a dónde demonios va a esta hora?

—No lo sé ni me importa, me dio a entender que ella sabe cada vez que te quedas conmigo. ¿Trajiste todo?

Bajó su mochila y sacó una botella de agua, dos cadenas de bolitas que ella dijo que eran rosarios, el crucifijo y un libro negro.

—Mamá siempre dice que entre más ayuda, mejor —me explicó, cuándo me quedé mirando el libro—. Es una biblia, Alyssa. —Me la pasó, observé las primeras páginas; una vez Aro intentó darme catecismo y Joan casi lo mata—. ¿Nunca habías visto una? —Negué—. Dicen que allí está todo lo que Dios quiere que hagamos. —Me pasó una cadena de rosario y se colocó ella uno también; luego trituramos el ajo y lo esparcimos en las cuatro puntas de mi cama, y el crucifijo en la pared sobre esta. Colocó la estaca en mi mesa de noche y los cuchillos debajo de mi almohada en forma de cruz.

—¿Crees que todo esto funcionará? —le pregunté, viendo como colocaba el espejo en la pared frente a mi cama.

—Bueno, si es un demonio sí, si es un vampiro... los vampiros no existen Ally, así que yo supongo que es un demonio —su voz fue tenebrosa.

—No es gracioso que te burles de mí.

—No me burlo, es solo que tienes una imaginación muy vívida.

—Si no me crees ¿qué haces aquí?

—Te cuido y te apoyo, soy una amiga... ahhhh —bostezó—. Creo que debemos ir a la cama.

—¡Nos quedaremos dormidas!

—Ya es pasada la medianoche...

—Oficialmente ya es el día de las brujas —susurré, pasando mi mano por mis brazos.

—Hagamos algo, yo dormiré primero hasta las dos y luego tú dormirás después.

Así estuvimos toda la noche, pero ni rastro del misterioso demonio, vampiro o lo que sea que se aparece en estas fechas. Tal como Joan lo previó, la casa estuvo sola, dejó para cenar lo mismo del día anterior, pero lo deseché, por lo que Meg y yo comimos barras de chocolate. El día casi había pasado y hasta ahora nada sucedía.

—¿Cómo me veo? —inquirió Megan, mostrándome su disfraz.

—Preciosa... prométeme que estarás aquí a la hora.

—Lo juro.

\*\*\*\*

Hacía dos horas que Megan se había ido y aún no llegaba, el cielo se oscureció anunciando una tormenta, ya ni los niños se encontraban pidiendo golosinas en las calles.

Encendí el celular pero no tenía señal.

—Megan, por favor —susurré, aferrándome al rosario que colgaba de mi cuello cuando un viento helado me hizo estremecer... fue entonces cuando lo sentí.

El olor a azufre, el frío en cada parte de mi cuerpo, y esos dos ojos rojos como el rubí mirándome con hambre...

Estaba perdida.

## Capítulo 5

—¿Qui-Quién eres? —Su voz tembló un poco, decidí no salir de la oscuridad antes de responderle.

—Soy tu peor pesadilla, el causante de todos tus males... soy tu dueño. —Y en un pestañeo ya estaba frente a ella.

—No me lastimes —pidió entrecortado, mientras mi mano acariciaba su mejilla—, por favor, no...

—¡Calla! —le ordené, tomando su boca con mis dedos—. Shh, siempre tan latosa y ruidosa, *bodoque*. —Sus ojos estaban tan llenos de temor que me hacían sentir victorioso.

Su respiración se aceleró, podía ver bajo sus ropas el latir desesperado de su corazón.

«*No le hagas daño*», dijo Iblís a mi mente, por lo que solté al bodoque con aprensión. ¡Qué diablos! ¿Por qué Iblís estaba en mi cabeza?

Miré a la insulsa humana correr hasta su cama y tomar algo que tenía sobre ésta.

—¿De verdad crees que eso puede hacerme daño? —increpé irritado—. No ves que no es más que un trozo de madera pueril... —La vi murmurar algo entre dientes muy parecido a un "Padre Nuestro", no pude evitar la carcajada que salió de mi garganta, Joan sabía que ella no podía aprender ningún tipo de oración.

«*Recuerda lo que dijo el abuelo*», insistió mi primo telepáticamente.

«*Ve a joder a tus insulsos perros*», le espeté, antes de caminar hacia Alyssa.

—Por favor, por favor... —rogaba entre dientes, sus ojos cerrados y su postura indefensa me hacían sentir jodidamente feliz, yo era el dueño de su miedo.

—He esperado mucho por esto —susurré, sintiendo cómo mis colmillos se alargaban, ella olía jodidamente bien, como todos los años cuando venía dispuesto a acabar con su patética existencia y su olor me embriagaba a tal punto que drenarla, en vez de hacerme feliz, me hacía sentirme mal.

Trataba de saciarme lo más que podía con las putas, los indigentes y cualquier patético humano que se cruzara en mi camino, pero cuando estaba frente a ella... era como si no me hubiese alimentado en días, era una droga, y yo como el príncipe del mal no podía tener ese tipo de debilidades, así que este era el día para acabar con su existencia, me saciaría y luego reduciría sus huesos a polvo.

Sostenía la cruz de madera con fuerza frente a ella, se la quité sin delicadeza, dejándola acostada en la cama.

«*Luci dice que...*»

«*¡Sal de mi maldita cabeza y cállate!*», le grité a Iblís. Lucifer padre estaba senil, sus miles



de años lo estaban consumiendo, y estaba loco con esa inexistente mujer "la princesa de la oscuridad", una simple humana...

*"La princesa de la oscuridad es una chica de apariencia frágil, pero su fuerza interior es tan fuerte que puede acabar con el mismo Rey de las Tinieblas en un abrir y cerrar de ojos, su temple es insospechado. Yo temí cuando Caius se dejó embaucar por aquella humana y, ahora vigilo muy de cerca a esta chica, porque ella será el fin del dueño de la oscuridad, él será un títere ante su encanto y ella será la que reinará en las tinieblas."*

¡Una humana no reinaría mi mundo! Quizás Anubis y su habilidosa lengua, o Dorothy y su apretado coño a pesar de tener más de mil años en uso, pero una simple humana...

La tomé del brazo quitándole el trozo de madera y jalándola fuerte a mi pecho, el olor de su sangre corriendo a prisa por sus venas, me envolvió en una neblina densa, como todos los años.

Cada trescientos sesenta y cinco días yo venía a alimentarme, la paralizaba mientras hundía mis colmillos en su piel, drenando solo lo justo para una nueva ración un año después. Al día siguiente mis concubinas trataban de satisfacerme, aunque ninguna olía tan bien, ninguna era tan apetecible como el *bodoque* rosa. De niña su olor era menos fuerte, pero cuando alcanzó los trece años y su cuerpo fue tomando forma... era casi imposible detener al animal sádico y feroz que en mí sobresalía, así que paralizarla y crearle estúpidas imágenes en donde ella jugaba con animales era lo mejor que podía hacer.

Pero hoy quería que fuera diferente, hoy quería que ella estuviera junto a mí, enterrar mis colmillos en su piel y paladear el dulce sabor de su sangre.

Mi mano acarició su nuca, mientras sentía el miedo recorrer su alma, la sujeté fuertemente contra mí y la besé.

Al principio se mantuvo inmóvil, luego fue más accesible hasta llegar al punto de dejarme invadir su cavidad bucal, el beso se tornó fiero, mis manos empezaron a moverse en cada parte de su cuerpo. Era una sensación nunca antes vivida ni vista. Quería más, necesitaba más... consumirla, acabarla, incinerarla, ella era un coño virgen y perfecto para el rey del purgatorio.

*"Ella será el fin del dueño de la oscuridad, él será un títere ante su encanto y ella será la que reinará en las tinieblas."*

Me detuve a mí mismo al recordar las palabras de Lucifer senior, debía acabarla o ella acabaría conmigo.

«¡Detenla!», le ordené a Iblís cuando sentí a la chica entrometida de la casa de al lado cerca.

Acerqué mi nariz al cuello de la pequeña hojilla que temblaba frente a la tormenta. Por años,

muchos años, la había marcado en diferentes lugares, pero siempre había querido hacerlo aquí, sentía mis colmillos empezar a picar, ladeé más su cabeza aspirando su olor.

—No me haga daño, por favor —gimió.

—Shhh —susurré, dejando que mi nariz se paseara ahí donde la sangre pasaba más a prisa—. Eres un dulce exquisito.

Abrí mi boca y clavé los colmillos de forma profunda, sintiendo cómo su piel se desgarraba y un grito de dolor abandonaba sus labios.

No, esta vez no había cuentos infantiles, esta vez era a mi manera: yo y mi oscuridad, su sangre siempre era tan adictiva, era como el más exquisito manjar servido en el inframundo. Alyssa Lewis tenía algo en sí misma que causaba que mi cuerpo se desconectara por completo, nunca antes me había importado detenerme, pero con ella... con ella quería siempre más, a la vez que no quería que acabara.

Su cuerpo peleó antes de tensarse y dejarse caer laxo entre mis brazos, sentía su corazón latir con furia, por lo que supe que no la había matado.

Desclavé mis colmillos de su piel, limpiando con mi lengua el pequeño hilo de sangre, mientras sentía cómo mi cuerpo empezaba el frenesí catártico de su sangre en mi sistema. Quería más, quería saber cuán deliciosa podía ser su sangre si la mezclaba con algo más apetitoso para mí.

Su ropa empezó a estorbar y con un solo rasguño la tuve desnuda para mí, inconsciente, hermosa, solo ataviada en un pequeño conjunto rosa pálido de encaje.

Mi pequeño *bodoque*... mi juguete.

Mi ropa desapareció en un abrir y cerrar de ojos, al tiempo que mi cuerpo empezaba a cubrir el suyo.

Las fantasías de los últimos dieciocho años se recreaban en mi cabeza como *flash back*, haciendo mi erección extremadamente dolorosa.

«*No lo hagas.*» Iblís, el maldito iba a lograr que lo matara si no callaba sus malditos pensamientos.

«*Jódete*», gemí, antes de hacer desaparecer el sostén para dejar que mi lengua paladeara su delicado y pálido pecho.

Hermoso era una palabra que se quedaba pequeña ante la grandeza de lo que veía.

Ni siquiera mis ciento veinte concubinas juntas lograban que yo sintiera la mitad de la emoción que sentía en estos momentos

*"Él será un títere ante su encanto y ella será la que reinará en las tinieblas."*

Saqué de mi cabeza las palabras del abuelo antes de tocar con mis palmas la fina y pálida

protuberancia que estaba finamente enmarcada por un par de piedras oscuras. Dejé que mis manos ahuecaran sus pechos antes de deslizar mi lengua en su fina cavidad bucal trayéndola de nuevo a mí.

—Por favor —balbuceó, e inmediatamente le envié una imagen falsa de lo que sucedía, haciéndole creer que ella deseaba esto tanto como yo, sus manos apresaron mis cabellos causando un siseo de placer en mí, mientras dejaba que mi miembro encontrara el calor que buscaba.

Lamí su cuello, bajé por el canalillo de sus pechos, enroscando mi boca en su pezón, al tiempo que mi mano tiraba del otro.

Sus jadeos entrecortados, sus finos gemidos eran la música exacta para este momento.

Mi lengua deslizándose por su piel, su cadera buscando el contacto de mi miembro.

La mordí un par de veces en el pecho y en el vientre, hasta llegar al lugar que deseaba. Sus bragas de encaje quedaron hechas jirones ante el filo de mis colmillos.

Sus piernas se abrieron a mí como una rosa en pleno florecimiento, dejé que mi nariz navegara por sus pliegues, intoxicándome con su fragancia, antes de hacer lo que hace más de cinco años tenía pensado.

Sus caderas se alzaron de la cama, pegando su sexo completamente a mi boca, cuando mis colmillos se enterraron con fuerza en la sensible y caliente carne, al tiempo que mi lengua entraba y salía de ella rompiendo su himen, regalándome más placer que en mis cuatrocientos años de vida.

Perdí la noción del tiempo levemente, mientras su sangre y fluidos seguían su camino, de mi boca a mi garganta, quemándome en el proceso.

Caliente, dulce, y completamente adictiva.

Cuando su cuerpo explotó en el frenesí del nirvana fue el jodido paraíso, uno al cual yo jamás podría entrar.

Mi miembro pidió clemencia y costó todo de mí no correrme sin haberla probado de todas las maneras posibles.

Me arrodillé en la cama trayendo su cuerpo laxo nuevamente sobre mí, volví a besarla, transportándola de nuevo al momento exacto de placer, tan perdida en un éxtasis subliminal que no sintió la intromisión de mi miembro en su interior.

Un bramido escalofriante abandonó mi pecho, cuando su cuerpo entró en tensión, apretado, estrecho, resbaladizo y jodidamente caliente.

¡Oh sí! Así debía ser el jodido paraíso.

La embestí como un poseso, dejándola bajar por mi falo ardiente, mis colmillos picaron de nuevo. Como siempre parecía no saciarme de su sangre; esta vez mi objetivo fue diferente, su redondo pecho izquierdo del lado en el cual su sangre bombeaba con una fuerza absolutamente peligrosa.

Volví a rasgar su piel, mientras cantidades peligrosas de sangre se deslizaban por mi garganta. Me sentía más hambriento que nunca, más poseído que siempre, más salvaje que en todos mis putos años de vida... y entonces, las palabras volvieron a mi conciencia como un yunque:

*"Ella será el fin del dueño de la oscuridad, él será un títere ante su encanto, y ella será la que reinará en las tinieblas."*

Jodido.

Esa era la palabra correcta. Su respiración era frenética, sentía su interior estrecharse en torno a mí, su liberación llegó rauda y veloz, mientras yo seguía alimentándome, y de un momento a otro se desvaneció, abrí mis ojos encontrándome con el pálido rostro de mi pequeño *bodoque* rosa.

¿Cuánto había bebido de ella hoy?

Desclavé mis colmillos de su piel y tomé con mis manos su cabeza, dejándola frente a mí, al tiempo embestía un par de veces más, cuando estuve seguro que no faltaba mucho para liberarme, rasgué mi muñeca derecha, colocándola en su boca y enviando una orden mental para que ella succionara.

Ella se apretó contra mi muñeca como si el mundo dependiese de eso, mi liberación me tocó de manera sublime cuando clavé otra vez mis colmillos en ella, su cuerpo volvió a estallar, el mío convulsionó bajo su cuerpo.

Nunca jamás debía compartir mi sangre, menos con un humano, pero estaba tan seguro como que era el príncipe de la oscuridad, que no podría vivir sin esto.

Maldito Charlie Lewis por cruzarse en mi camino. Maldito *bodoque* rosa por ser tan malditamente adictiva... y, maldito yo y mi obsesión por ella.

No había nada más que decir, sus ojos se abrieron, rojos como un par de rubís preciosos... y lo supe.

El príncipe de las tinieblas cedía su derecho de nacimiento a la mujer de apariencia frágil.

*La princesa de la oscuridad...*



## Epílogo

¿ Mi mayor fracaso o mi mejor decisión?

Maldito bodoque.

Maldita profecía,

Maldito yo.

Mil veces maldito por haber cedido mi derecho de nacimiento y así cumplir con la profecía.

Ella era mi juguete, así lo quise y así debió quedarse, pero era tan jodidamente adictiva.

«¿Qué hice?»,

Asustada y retorciéndose de dolor observo como ella se convierte en mi castigo, en mi talón de aquiles.

¿Podría estar más jodido esto?

Sí, claro que sí, acabo de hacer realidad el temor de mi padre.

¿Pero que estoy pensando? ¿Acaso esta niña escuálida puede convertirme a mí, el príncipe de la oscuridad en su títere?

No.

Alyssa. Ella es mía, no al revés. Ella es mi juguete no soy yo el suyo.

Sacudo mi cabeza alejando los pensamientos absurdos que se me cruzan por la cabeza. Al tiempo que la tierra empieza a temblar, escucho en mi mente el grito de padre y la risa sombría del loco de mi abuelo, mientras la tierra se estremece al compás de su cuerpo. ¿De esto era lo que trataba la profecía?

Destrucción...

¿Mi destrucción?

—Iblís, haz algo —digo tomándolo por el cuello.

—Lo siento primo, no hay nada que pueda hacer. Lo que va a suceder es inevitable, ella lo es. Esta es tu creación, tú tomaste la decisión —afirma contrito.

Su cuerpo dejó de estremecerse, al tiempo que el movimiento a nuestro alrededor cesó. Inhalé con fuerza acercándome aun sabiendo que ella podía ser mi fin.

No le tenía miedo.

Yo era el príncipe, si era cierto que ella se convertiría en mi princesa era por el poder que yo le entregaba y yo, nunca cedía mi poder por completo.

A nadie.

Su olor había cambiado, seguía teniendo ese aroma peculiar suyo, pero había más, no sabía con exactitud qué era, sin embargo ahí estaba y, si no supiera que la magia es real diría que estoy

viendo visiones o inclusive que me volví loco, pero... su cuerpo creó curvas y no hablo de las curvas adquiridas por un buen cirujano, además, su cabello se hizo aún más negro si es que eso siquiera era posible. Abrió los ojos y me observó.

Sus ojos eran como dos rubís sangrantes aunque su mirada... estaba completamente seguro de que ella era mía. Así el infierno se congelase eso nunca cambiaría.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó observando a Iblis, mientras envolvía su cuerpo con las sábanas.

Pudor. Aún había pudor en ella, pero su mirada, seguía dándome esa jodida mirada que recibí de ella cuando apenas era un bebé.

Me desafiaba. Me retaba. Como si ella fuera... ¿Mi igual?

Joder.

—Te diría que no temas, sin embargo estaría mintiéndote —comenté.

—¿Qué me hiciste? —preguntó inquieta tocándose el cuello, ignorando completamente lo que acabo de decirle.

—¿Me tienes miedo?

—No... digo... ¿debería? No entiendo nada, me siento extraña —replica, mirando sus manos y su piel pálida.

Sonríó ante su respuesta y mentalmente le digo a Iblis que se marche. Él desapareció ante nuestros ojos y no hubo reacción alguna por parte de Alyssa. Bloqueo los reclamos de mi padre y los sollozos de mi madre. Sollozos que no entendía, porque esta mujer, esta que estaba aquí no iba a dañarme, me encargaría de eso.

Veó cómo ladea la cabeza, igual que si lo que acabara de presenciar fuera de lo más normal. Está callada y taciturna, intento entrar en su cabeza, pero me resulta imposible.

Odio no poder leerla. Mi madre, valiéndose de sus poderes busca la manera de estar aquí, Alyssa no puede sentirla pero yo sí. Escucho claramente cuando dice que Alyssa fue creada para mí y como tal es mi mayor debilidad.

Aún desnudo y con sangre en mi falo por haberle arrebatado su virginidad, me acerco a la cama junto a ella. Le quito su escudo de tela y ella alza su rostro observándome.

Es un gatito curioso y ansioso, que tenía mil preguntas aunque se estaba absteniendo de hacerlas.

Le tiendo mi mano y ella la toma, para obligarla a levantarse de la cama y caminar hacia el espejo. Veó cómo se observa las manos, se toca el rostro... Su nueva apariencia la deja un poco descolocada y parpadea. Sus ojos se encuentran conmigo a través del espejo cayendo en la cuenta de todo lo sucedido.

—Mis ojos...

—Iguales a los míos, bodoque.

—Mi nombre es Alyssa, no bodoque —revira, y mi madre sonríe desde algún lugar en la habitación.

Me mira de pies a cabeza sin perder detalle de mi cuerpo y, por primera vez en mi vida, mi cuerpo se estremeció bajo su escudriño. Sentí como si hubiese perdido una parte de mí.

—¿Quién eres? —me pregunta curiosa.

Tan inocente en aquel entonces, tan niña. Tan lejos de la maldita en la que se convertiría poco tiempo después.

—Mi nombre es Azael.

Esa respuesta no sació su curiosidad.

—¿Qué cosa eres? ¿Un vampiro? ¿Yo soy un vampiro? ¿En eso me convertiste? —me interroga.

—Son muchas preguntas, pero no somos unos jodidos mitos —contesto. Tomando su mano poso un beso en ella y continúo—. Somos mucho peor.

—¿Por qué yo? Te he visto por años venir a mi cama cada treinta y uno de octubre.

—La pregunta debería ser ¿y porque no tú? —Me paro de golpe al sentir que pronto amanecerá—. Vístete con algo decente. Debemos irnos.

—¿Qué? Espera...

—Escucha bien Alyssa porque no volveré a repetirlo, mi nombre es Azael, hijo de Lucifer Rey de las Tinieblas y Morgan la mayor hechicera de todos los tiempos, lo que me convierte en el jodido príncipe. Tú fuiste entregada a mí para cobrar una venganza y yo, te convertí en mi juguete.

—No me siento como tu juguete.

Y ella estaba en lo correcto, ya no era un juguete, no era la arcilla que moldeé a mi parecer durante años, pero tampoco era mi igual.

—¿En qué tanto piensas? —indagó entrelazando nuestras manos.

La observo por el rabillo del ojo. Viste un elegante vestido negro con transparencias en su abdomen, sus pechos amenazando con salir y sus labios pintados de un rojo tan vivo que parece sangre y tal vez lo sea, nunca se sabe con mi pareja.

Estaba tan metido en mis pensamientos que no percibí cuándo se vistió.

—En el día en el que cruzamos esa misma puerta. —La arropo entre mis brazos y salgo del lugar.

En un instante estoy en el punto donde todo se divide, la puerta que nos separa y que solo se abre cada finales de Octubre.

«No» escuchó a mi madre, ambos observamos la gran puerta abrirse ante nosotros y aprieto las manos de mi creación, la princesa que viene a poner de rodillas al príncipe de las tinieblas... A pesar de eso yo la quería conmigo.



La observé, la única manera en la que esta mujer me pondría de rodillas sería para devorar su coño.

—No —dijo mi padre observándome—. Si quieres pasar, ella debe dejar de existir.

Me reí y todo ante mí tembló.

—Sabía que traerías la ruina a nuestro reino —murmuró mi padre y di otro paso hacia él—. No entrarás más a este lugar, a no ser que acabes con ella.

—¿Y si no quiero? —pregunté enfadado.

—Si no lo haces, te condeno a vagar en la tierra, escondiéndote de los humanos. Serás conocido como un ser de la oscuridad... —musitó con sarcasmo.

—¿Madre?

Ella no dijo nada y el amanecer llegó empezando a quemar mi piel.

—A diez minutos de aquí hay un lugar donde puedes esconderte, a partir de hoy estás expulsado de este reino.

La puerta se cerró ante mis ojos y, por primera vez, el miedo reverberó en mi interior, pero la mano de Alyssa tiró de mí, llevándome a ese lugar donde podía esconderme.

\*\*\*\*\*

Me tomó tiempo descubrir que padre no me castigó, sino que me dio un nuevo reino. La profecía de que el príncipe de la oscuridad sucumbiría ante la princesa era completamente errada. El príncipe sería derrotado, solo para convertirse en rey.

Ella no fue mi perdición, al contrario, me dio una mejor corona y se convirtió en mi mejor aliada.

La puerta del infierno fue cerrada para siempre.

Con el paso de los siglos miles de demonios y hechiceras desertaron para unirse a mi estandarte. Somos seres ocultos por la luna, pero cada treinta y uno de Octubre hacemos nuestro propio Halloween.

Junto con ella de la mano, no hay nadie que se compare con nosotros en poder y fuerza. Hasta los ángeles le temían.

Mi maldita princesa de la oscuridad.

Mi reina. Mía.

Ya no salgo solo a cazar, lo hacemos juntos.

Si alguna vez te cruzas con dos amantes sedientos de sexo y jodidamente ardientes, posiblemente seamos nosotros. Te regalaremos la mejor experiencia sexual de toda tu existencia y nosotros recibiremos nuestro pago con tu vida.



# Agradecimientos

Esta es la primera vez que los agradecimientos serán cortos.

A Ceci por decir que si y corregir esta locura.

A Rotze por alentarme a publicarlo.

A Ari, por no abandonarme en el mar turbulento.

A Jess por ser la excelente persona que es gracias mi mana por tu amistad.

Gracias a todas los grupos de lectura que me hacen un cachito para reseñarme, ustedes son quienes nos ayudan a llegar más allá.

Y por último pero no menos importante Gracias a todas las personas que me dan la oportunidad de entretenerlas un rato con mi pluma.

¡Feliz Halloween!

## Sobre la Autora

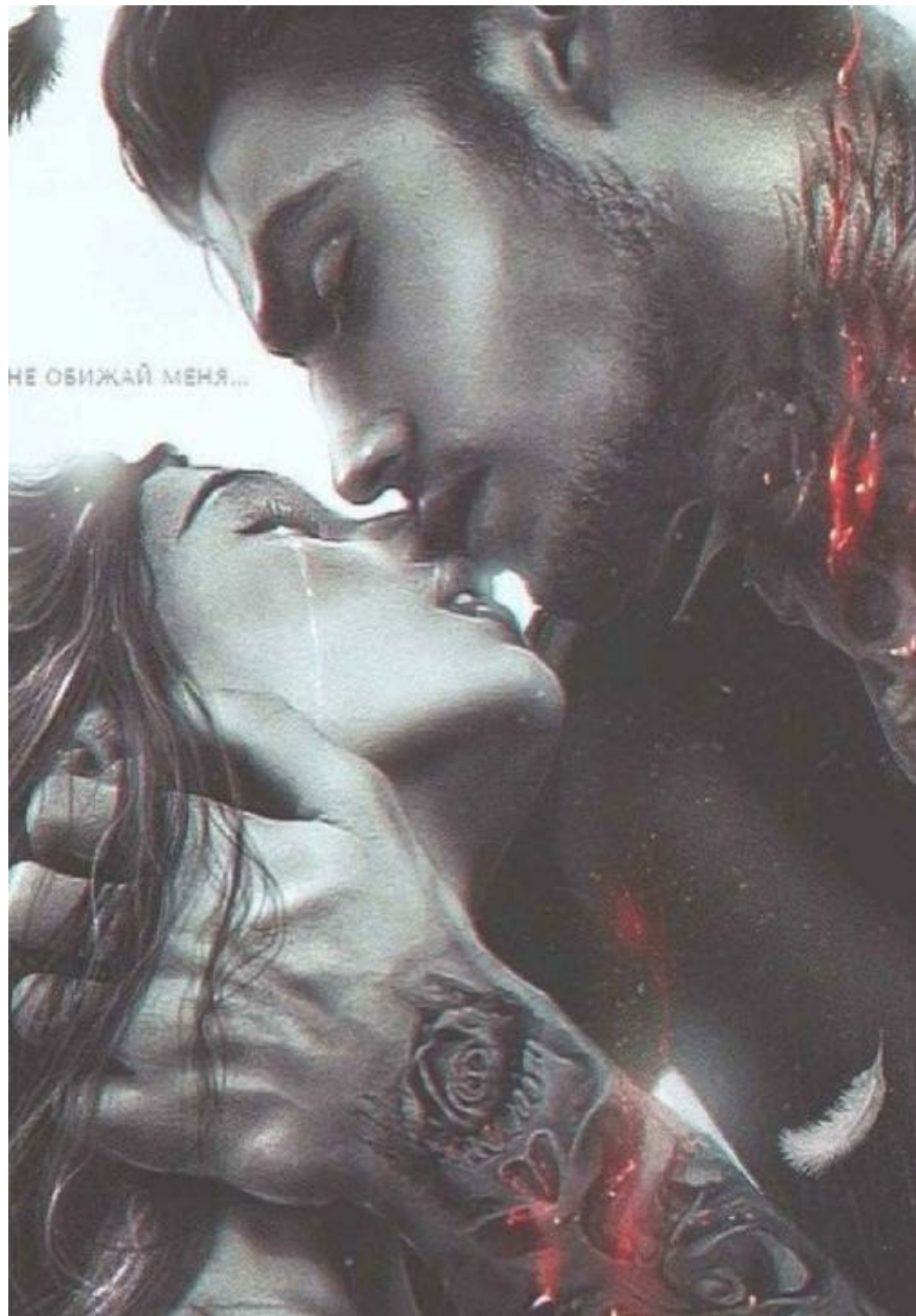
**Aryam Shields** se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión, que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años, cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños *fanfiction*.

Su primera obra publicada fue la bilogía *Enséñame: Entrégate y Quédate*, con la que logró ser *Best Seller* en Amazon, siguiendo con *Nueve Meses*, que estuvo dos meses en el puesto número uno de los más vendidos y *Recuérdame*, con la cual fue participante del Concurso Indie de 2017 en la plataforma de Amazon, logrando mantenerse entre los veinte títulos más vendidos durante todo el concurso, luego siguieron sus novelas: *Contrato*, *Seducitor Domado*, *Contigo Aprendí*, el relato titulado *The Wedding*, que es la unión de sus dos bilogías, su recopilación de novelas cortas que lleva por nombre *Entre una y mil maneras de amar*, *Bajo la luz de la Luna* y *Cataclismo* que participó en el premio literario Amazon 2019, a principios de este año publicó su novela número 13 titulada *Y llegaste tú*. Y luego a mitad de año *Falsa Identidad*, ahora viene con esta nueva propuesta.

Aryam sigue escribiendo, desarrollando desde ya, el que será su próximo sueño.





НЕ ОБИЖАЙ МЕНЯ...